

Reseña



The Japan we never knew*

*Adolfo Ayuso Audry***

El año de 1995 fue importante por varias razones; se conmemoró el 50 aniversario del lanzamiento de bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki, el fin de la segunda Guerra Mundial y la creación de la Organización de Naciones Unidas. Japón se convirtió en el centro de atención de la comunidad mundial y consolidó su posición como símbolo de paz a causa de los efectos que padeció después de la guerra. La recuperación económica alcanzada por este país y el control que ejerce sobre los mercados mundiales ha deslumbrado a muchos, pero también representa el peligro de los terribles costos ecológicos que frecuentemente acompañan al desarrollo industrial explosivo. Además de su posición como uno de los países líderes en el mundo, el pueblo japonés ha sido siempre un enigma para Occidente, ya que comúnmente se le limita a estereotipos generalizados. A decir verdad, poco se conoce sobre este gran pueblo cuya diversidad étnica, cultural, histórica y ecológica desafía la creencia monolítica reducida por nuestra cultura.

IZTAPALAPA 42
julio-diciembre de 1997
pp. 331-336

* David Suzuki y Keibo Oitwa, *The Japan we never knew, a journey of discovery*, Toronto, Stoddart, 1996, 324 pp., ISBN 0-7737-2984-4.

** Alumno de la Licenciatura en Relaciones Internacionales de El Colegio de México.

The Japan we never knew muestra un Japón distinto al presentado por los medios de comunicación. Con gran compromiso por conocer los problemas ecológicos de la Tierra, David Suzuki y Kelbo Oiwa¹ entrevistaron a más de 65 activistas locales en las áreas de la paz, los derechos humanos y el medio ambiente; personas que han logrado impulsar grandes cambios en sus respectivas comunidades. De tal suerte que, en lugar de conocer las opiniones de líderes que comentan la situación del país desde puestos de autoridad, este libro rescata los argumentos de individuos cuyas vidas transcurren debajo de las capas poderosas de la sociedad y tienen perspectivas y prioridades radicalmente opuestas. En efecto, los autores tomaron la iniciativa de realizar cuatro viajes durante dos años para investigar a las minorías japonesas cuyas actividades han influido en la comunidad desde abajo. Algunos rasgos compartidos de estas personas son la relación que tienen con un lugar en particular de Japón. Asimismo, sus vidas están desligadas de los pensamientos e ideologías que dominan el mundo intelectual, ya sean de izquierda o de derecha, liberales o conservadores. Finalmente, a pesar de la influencia modernizadora americana, los entrevistados mantienen antecedentes culturales firmemente enraizados en el pasado, sin la necesidad de ser tradicionalistas en el sentido estrecho de la palabra, por lo que su imaginación y creatividad no se han restringido.

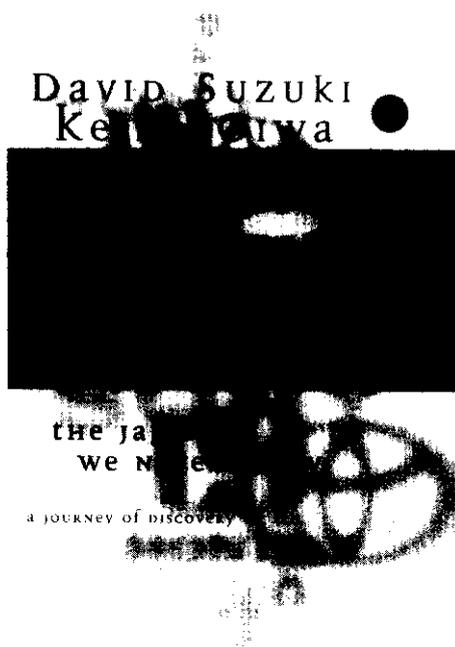
Con una prosa sencilla y clara, los autores hablan sobre los trastornos sociales y psicológicos que los japoneses sufrieron después de la segunda Guerra Mundial, cuando se vieron expuestos a los efectos del armamento nuclear en Hiroshima y Nagasaki. Consideran que la repulsión por el uso de la bomba atómica se debe a la destrucción de la naturaleza. Paradójicamente, a pesar de los peligros que conlleva, la pobreza de los recursos energéticos ha obligado a Japón a establecer una gran industria de energía nuclear. Muchos han asimilado los horrores del conflicto, no obstante éstos viven en su conciencia. Tal es el caso de los artistas pacifistas Iri y Toshi Maruki, veteranos de guerra que realizaron pinturas con motivos bélicos en los que se cuestiona la brutalidad de la naturaleza humana.

El gobierno japonés tiene cierta dificultad para interpretar la derrota de 1945 y renunciar a su pasado militarizado. Este hecho es comentado por Katsuichi Honda, periodista famoso que escribe sobre temas de controversia actual y convencido de que el verdadero patriotismo consiste en la manifestación de los errores que suceden en el país. El escritor habla sobre la eliminación del individuo en la sociedad y la importancia de reconocer las atrocidades que cometió Japón para evitar hoy el resurgimiento del militarismo, así como de la devastación ecológica que en los últimos años a sufrido el archipiélago oriental. Hiroshi Ishi,

otro famoso periodista, describe la naturaleza militarista de la sociedad japonesa, su aplicación en el ámbito económico y su impacto en el medio ambiente.

La necesidad del comportamiento pacífico como único medio de evitar ser víctima de la propia agresividad, la posibilidad de que el diálogo y el intercambio de ideas pueda transformar el curso del ser humano y la resistencia contra la ocupación y confiscación de tierras por parte de los estadounidenses está encarnada en Shoko Aha-gon, personaje considerado por muchos como el Gandhi de Okinawa. El líder habla sobre la recuperación de la experiencia traumática de 1945 y el regreso a la vida comunal con su espíritu de cooperación.

Los aparentes beneficios de la modernidad con su progreso industrial, tecnológico y económico no se pueden desligar de los costos ambientales y la ausencia espiritual que hoy vive la población japonesa. Para llenar este vacío, el fotógrafo Yasuo Higa considera que se necesita identificar la reciente separación entre la naturaleza y la espiritualidad, y volver la vista a remanentes del pasado, como el estudio de la tradición shamanista de las mujeres que habitan algunas de las islas de Okinawa. Los miembros de esta organización adoran a los dioses en una visión antiuniversalista, contraria a la tradición judeocristiana, con lo que también se manifiestan contra la modernidad. Considero que en lugar de



aceptar fielmente los relatos de sus informantes, Suzuki y Oiwa pudieron haber cuestionado esta aproximación idealizada del pasado; el mundo de las deidades ancestrales es maravilloso, pero grupos como los Ainu, que luchan por evitar ser discriminados y por que sus características religiosas y sociales sean reconocidas, no desearían verse privados de la educación y los avances de la medicina actual.

El factor dominante de los habitantes de Japón es el origen genético, de suerte que coreanos, chinos e hijos de madres japonesas y soldados americanos han tenido dificultades para relacionarse con otras personas. No obstante, los *nikkei*, japoneses gené-

ticamente puros pero nacidos en otros países, tienen problemas para integrarse a la sociedad, ya que "fueron contaminados por ideologías extranjeras" y atentan contra la pureza cultural del país. La intolerancia y la prohibición de los matrimonios entre diferentes clases sociales también se revela en personas de origen completamente japonés, pero que por su trabajo tienen contacto con la tierra o con seres muertos. Al ser la muerte una fuente de contaminación, los carniceros, curtidores o cualquier persona que trabaje con partes de animales corresponde a las comunidades que han sido segregadas durante siglos (*buraku*). Aunque hoy el rechazo está legalmente abolido, la herencia cultural aún les afecta. Por esta razón, se han conformado grupos *burakumin* que fabrican tambores y los tocan estupendamente, para caracterizarse en esta actividad y obtener el respeto que durante años se les ha negado.

En la actualidad, la influencia de inmigrantes provenientes de países como Irán, Bangladesh y las Filipinas es muy fuerte, a pesar de que Japón hace todo lo posible por evitar la mezcla racial e incluirlos en su cultura. Un grupo que se ha distinguido por comenzar a manifestar sus diferencias y a estar orgullosos de ellas son los coreanos, físicamente muy parecidos a los japoneses pero que resienten los abusos que cometió Japón durante la Renovación Meiji (1867-1912) y la época de la preguerra. La ciudad Kawa-

saki, al sudoeste de Tokio, tiene un "ghetto coreano" donde vive Inha Lee, un ministro cristiano que nació en Corea cuando ésta tenía el *status* de colonia. El activista habla sobre el racismo con el que se le ha discriminado y el nuevo movimiento de la comunidad para reivindicar sus derechos. Asimismo, aunque anacrónico el día de hoy, comenta la falta de reconocimiento de culpabilidad por parte del gobierno en el caso de las mujeres coreanas que fueron obligadas a servir como esclavas sexuales durante la guerra.

Al igual que en muchos países, las esferas políticas y comerciales están dominadas por hombres. La imagen popular de la mujer japonesa es la de sumisión y obediencia al esposo. Pero en la actualidad las mujeres tienen mejor educación y están liberadas de muchas tareas domésticas, por lo que participan en movimientos humanitarios y ambientalistas. Lo curioso es que antes de que ocurrieran estos cambios existía ya una tradición oculta en la mitología y el folklore que presentaba a la mujer con características agresivas y obscenas, como en el mito de la "Diosa Bailarina" que se desnuda durante un baile seductor. Yumi Horikoshi representa un nuevo tipo de trabajo basado en la acción individual y femineidad. Es una activista que no está interesada en la búsqueda de la justicia, sino que, "al entender que lo verdaderamente importante es saber morir, lo que a su vez es lo mismo que saber vivir" (p. 194), comenzó a estudiar

medicina y relaciones interpersonales. Con esta idea abrió un centro de estudios donde acuden personas con problemas en busca de información y amistad. En esta segunda parte del libro hubiera sido oportuno presentar mayor fundamentación estadística sobre la cantidad de mujeres que participan en movimientos de liberación femenina o sobre el número de los integrantes de las comunidades marginadas.

El amor a la naturaleza era importante en la cultura japonesa, sobre todo porque pertenecía a la religión shintoísta. No obstante, desde el fin de la guerra, esta religión cayó en descrédito porque la veneración al emperador justificaba el expansionismo militar. Con el crecimiento de las ciudades y la inmigración de gente del campo, la antigua interrelación de los hombres con la naturaleza se ha desvanecido y resulta menos difícil aceptar los daños ambientales que se perpetran. Para muchas personas, Japón significa todos los costos que el paradigma económico puede conllevar, esto es, el desequilibrio de los ecosistemas, la depredación de los bosques y la extinción de especies animales. Últimamente han aparecido activistas locales que se preocupan por estos temas.

Los autores comentan la importancia de Shozo Tanaka, el padre de la lucha por los derechos individuales y del movimiento ambientalista en Japón. Durante su vida se opuso a la contaminación que producía la mina

de cobre Ashio, complejo productivo que en el siglo pasado envenenó el río Watarase y causó un daño terrible en la zona. La influencia de Tanaka se ve reflejada en personas como el profesor Jun Ui, ex investigador de la Universidad de Tokio que vio truncada su carrera por realizar manifestaciones contra la muerte por ingestión de mercurio en Minamata. Masato Ogata habla sobre las demandas que realizó para que la compañía Chisso, responsable del desastre, reconociera su culpabilidad y compensara a los afectados. Uno de sus argumentos importantes es que se necesita renunciar a la posición de víctima que, al pedir una retribución por los daños sufridos, acepta un sistema donde la vida humana se evalúa en términos monetarios.

En el capítulo "Green Democracy" se plantea la cuestión de si es posible aplicar un modelo de activismo local en un país como Japón, con una sociedad piramidal donde el individualismo o la iniciativa personal no son bien recibidas. En este contexto, se hace mención al movimiento de ciudadanos de Zushi que se opuso a la construcción de una base militar en Ikego. El acontecimiento logró caracterizarse por ser un fenómeno nuevo en el país y abrir las puertas a una sociedad política diferente, donde se respeta la autoridad de los gobiernos locales, se tome en cuenta la opinión de los habitantes y la conservación de la naturaleza.

En Japón se tiene gran aprecio por la comida de alta calidad, pero con las

técnicas agrícolas actuales y los pesticidas tóxicos resulta casi imposible evitar la contaminación de los alimentos. Una característica típica de la vida moderna es que la gente adquiere los comestibles empacados en los supermercados y ha olvidado sus fuentes de origen. Por esta razón, el agricultor Yoshikazu Kawaguchi redescubrió los métodos antiguos de cultivo y pudo así establecer un vínculo más estrecho con la "Madre Tierra".

Como la degradación del medio ambiente es una consecuencia de la actividad humana, el último capítulo propone diseñar los planes educativos con el fin de sembrar en las mentes de los niños la responsabilidad para salvar nuestra especie de la extinción total. El sistema educativo en Japón se caracteriza por su rigidez y competitividad, y a veces conduce al creciente fenómeno del *ijime*, esto es, la burla que termina en el suicidio de los estudiantes rechazados o que no lograron adaptarse a los estándares requeridos. Muchos consideran los métodos de educación típicos de organizaciones

militares y algunos maestros se atreven a criticar el sistema, como la profesora Toshiko Toriyama, la cual enseña a respetar la naturaleza y la vida de los animales. Con su método ha podido hacer ciudadanos conscientes que se preocupan por el balance económico, social y ambiental en el mundo.

El libro contiene 24 fotografías en blanco y negro. Al principio de cada capítulo aparece una sentencia con relación a los diferentes temas a tratar. En la última parte del volumen se encuentra una bibliografía con las fuentes consultadas, un cuadro sinóptico de los periodos de la historia japonesa y un índice donde están anotados los lugares y personas que se mencionan a lo largo del texto.

NOTAS

David Suzuki es director de una fundación para proteger el medio ambiente y acreedor de la Orden de Canadá, así como del Premio UNESCO Kalinga. Keibo Oiwa es antropólogo y profesor de estudios internacionales en la Universidad Meiji Gakuin en Yokohama.